

El pasota

(o el cansancio de la razón y razón del cansancio)

Por Carlos DIAZ (*)

I

El «pasar de» es algo ya trivial. Y, sin embargo, no es algo solamente trivial. Es más que nada un síntoma profundo de superficiales apariencias. De modo metafórico, podemos caracterizarlo como esa punta-de-iceberg que, aparentemente modesta en superficie, se extiende poderosa por la profundidad submarina, amenazando con convertirse en tropezón inexcusable. En este artículo, buceando en la profundidad y asomándome a la superficie, trataré de emitir esta hipótesis: lo que se llama «pasotismo» es la expresión de una razón cansada, al menos de una razón heredera de la Ilustración.

II

Casi todos los historiadores que conozco parecen tener una especie de deformación profesional muy común: El catastrofismo, la convicción de que su época es siempre la peor y más crítica. Esta debe ser, sin embargo, más que una deformación profesional, una constante inevitable, un virus contagioso que afecta también a los que no somos historiadores de profesión, al menos por lo que a mi se refiere, tengo la convicción de que la nuestra no es, como querría Leibniz, «la mejor de las eras posibles». Creo, por el contrario, que estamos en un serio túnel de la historia, y que la luz que lo ilumina es escasa. O dicho de otro modo: Se viven como discutibles algunos valores que se crían peremnes. El pasota de hoy, como el «blousson-noir» existencialista de ayer, no es sino la superficie abigarrada y folklórica del mar de fondo, que pasamos a analizar.

III

Como no soy nada original, me gusta inspirarme en las grandes taxonomías realizadas por otros. Una de las más adecuadas (y que, naturalmente, no comparto) es la de Augusto Comte, que, como es sabido, dividía a la historia de la humanidad en tres grandes estadios o ciclos. Al estadio teológico de la creencia en Dios, siguió el estadio metafísico de defensa de la racionalidad abstracta, y a éste le siguió, para perpetuarse hasta la eternidad, el estadio positivo o de la razón técnica: el tecnita es el hombre que ha asumido el presente y el futuro, de un pasado desaparecido.

Desaparecido Dios del horizonte, desaparecida la razón teórica, sólo la razón práctica actuaría como auténtica Razón.

Y así como, lentamente, la edad de los metales dejó atrás a la edad de la piedra, y del mismo modo que la rueda milenaria quedó arrinconada por la máquina «spinning-jenny», así también se impondría el neocéfalo humano por encima de su arquicéfalo en la recién instaurada, para siempre, positividad de los sabios progresistas. Y colorín colorado.

IV

Inútil decir que el cántaro de la lechera al fin se rompió. No sólo porque, felizmente, Dios no desapareció de la historia, sino porque, felizmente también, la historia no quiere desaparecer bajo la arrasadora planta del tecnita.

Más me gustaría, por mi parte, aventurar otra explicación de gran alcance, sobre los estadios de la humanidad. Veamos, pues, en qué sentido hay que comprender nuestra historia.

Un primer estadio (al que, por respeto a Hegel tan sólo, denominaré «tesis») es el de *encanto*. Este estadio es el judeo-greco-cristiano, donde lo fundamental es la *teonomía*. Dios aparece como el garante del pasado del hombre. Ese Dios encarnado, se convierte también y de una manera inequívoca en salvaguardador del futuro. Pasado, presente y futuro tienen sentido. No hay crisis, no hay crítica.

Un segundo estadio («antítesis») con respecto al anterior) es el de *desencanto-reencanto*. Efectivamente, la razón que comienza a desencantarse de Dios, a quien se critica ya, o a quien no se ve con la claridad de antes, comienza también a reencantarse, a encontrarse en valores substitutorios, como diría Max Weber (en *die Entzauberung dieser Welt*). El desencanto de Dios abre los brazos al encanto del hombre, la teonomía es sustituida (o, al menos, coexiste con) ahora por la *autonomía*. El ciclo histórico de esta mutación es Renacimiento-Reforma-Racionalismo-Ilustración-Maestros de la sospecha (Marx, Freud, Nietzsche).

Un último estadio (al que, impropriamente, denomino «síntesis», por cuanto resulta de los anteriores,

(*) Catedrático de Filosofía del I.N.B. «Calderón de la Barca» de Madrid.

pero sin asimilarlos superándolos) es el de la *anomia*: Ya no hay *nómos* alguno, ni *morma*, ni *metron*, ni *cánon*, ni *axion*. Por esto, cabría, parodiando a Nietzsche, definirlo como *más allá del desencanto y del reencanto*. En un clima de manfutismo y de desprecio por todo tipo de valores, se da nuestra historia última. A la amnesia brutal (aquí nadie se acuerda de quién fue ayer, ni sabe qué será mañana), hay que añadir una hipermnésia enfermiza, de exaltación de todos los errores, a fin de no encariñarse con nada.

V

Se ha cerrado (¿para siempre? ¿por una época?) un ciclo histórico. Los ogros de otrora son hoy hermanitas de la caridad, para los jóvenes. Marx es reputado ya conservador e intrigante; Freud, machista y reaccionario; los anarquistas clásicos, personajes versallescos, moralistas empedernidos. Estos son los síntomas superficiales del cierre categorial postilustrado. Detrás de estos síntomas hay otras cosas.

Hay, en efecto, una caída de los viejos paradigmas del reencanto de la *Reazón ilustrada*. Los valores que hasta ayer nos movían, hoy mueven a hilaridad a buena parte de la juventud. Valgan algunos ejemplos:

— La idea de *progreso* ya no es compartida. ¿Es progreso el producir más por medios más anti-humanos? ¿El llenar la casa de electrodomésticos, a cambio del abandono de las relaciones interpersonales, la fatiga, el cansancio? ¿Es progreso que una cuarta parte de la humanidad pase hambre para que unos cuantos pisen la luna? ¿Es progreso la carrera de armamentos?

— La idea, correlativa, de *civilización industrial*, ya no sirve. La industria ha expandido la infelicidad del trabajador, ha generado el trauma en la fábrica, el productivismo economicista a ultranza, la despersonalización, las desigualdades: ¡No más cubos de plástico, no más televisores en color! Gracias.

— La idea de *popularismo* ya no vale. Hasta ayer, al menos una clase, el pueblo, quedaba inafectada por la decadencia. El pueblo era el depositario del mito platónico del «Justo» (que a lo largo de la historia se metamorfosea, para acabar siendo encarnado por el protagonista del pueblo). Sería el pueblo el futuro instaurador de la sociedad sin clases, el agente de cambio histórico, la partera de una humanidad futura sin clases. Pero ¿quién es hoy el pueblo?, ¿el trabajador asalariados del siglo XIX que gritaba «libertad o muerte»? ¿Ese proletariado del que Marx-Engels afirmaban que sólo tenía que perder las cadenas? ¿Dónde está ese mirlo blanco? Hoy, el obrero lleva, como el soldado en su mochila ideal, el bastón de mariscal, aspira al estatuto de burgués, se convierte cuando puede en aristocracia obrera e, insolidario, reniega de sus aspiraciones a cambio del coche, el televisor, y las vacaciones pagadas. El pueblo: especie extinta.

— La idea de un *regeneracionismo moral*, ya es obsoleta. Antes creíamos que lo bueno era bueno, y lo malo malo. Las coordenadas morales, creíamos, serían lo último en perecer. El propio Lenin afirmaba: «Es bueno lo que favorece al Partido, malo lo que le perjudica». Se sabía dónde estaban las fillas y fobias. Hoy, de eso nada. Todo el mundo juega a un inmoralismo virtuoso: El inmoral, o mejor, el —a juicio de Aranguren imposible— hombre amoral es el que parece que marca la pauta. Bueno es hoy lo que favorece el bajo vientre, y punto.

— El binomio *trabajo-producción* son cosas peri-

midas. El trabajo, que hace ser hombre al hombre y mujer a la mujer, se entiende como una actividad maldita. No por casualidad, está de moda entre la juventud la relectura del viejo «*Elogio de la pereza*», de Paul Lafargue (en esto, en efecto, heterodoxo marxista —acaso por yerno de Marx—). El trabajo será, ya, actividad ocasional, mal menor; lo ideal no es el *pro pane lucrando*, sino el *carpe diem*.

— La *política*, que otrora, ayer tan lejano, creíamos dignificante y salúfero, adecuada al *lógos* del hombre, pasa hoy a ser entendida como una actividad de mercenarios a sueldo, que se guisan y se comen en solitario lo mejor del potaje, dejando para los demás unos residuos ya defecados, que no pueden entusiasmar a nadie. El desprestigio de la política, o el absentismo electoral.

Progreso, civilización industrial, populismo, regeneracionismo, moral, trabajo-producción, política: henos aquí ante ideas que hoy se reputan propias de «gentes piadosas». Son, sin embargo, las ideas de la Ilustración, reencarnadas por el marxismo. Estos paradigmas, tan caros a la vieja «*gauche qui pleure*», son motivo de profunda crítica por la metaizquierda descentralizada del pasota. Paradigmas perdidos, paraisos olvidados, diría E. Morin.

VI

Este es, pues, el *locus* de la peligrosa deflación histórica que hoy se vive.

Sintomático es que solamente Nietzsche se salve de la quema, de la repulsa generalizada. Pero atención, no el Nietzsche constructivo —tómesele en su vertiente socialista, o en su vertiente fascista— de la «voluntad de poder», sino el Nietzsche destructivista, amoralista, derrelictor, el Nietzsche que, negando al hombre y renegando del superhombre incluso, abre al nihilismo más radical. De la ilustre genealogía del pasota, he aquí el abuelo radical, Federico Nietzsche.

No son, pues, los abuelos del pasota los anarquistas clásicos más afectos a la constructividad, al apoyo mutuo, a la solidaridad, al pacto entre iguales, sino los centrifugados del movimiento libertario, aquellos que como Stirner escriben «*El único y su propiedad*». Los que se ven reclamados por el pasota. Por el pasota culto, se entiende, y para formar una «comunidad de egoístas», tan frágil como inútil, auténtica cuadratura de círculo.

Stirner no es el único padre; o, en todo caso, la madre, más blanda, va por la línea de autores como Hermann Hesse, de quien sospecho que quiere entregarnos un mensaje más esperanzado que aquel que usufructúan sus lectores pasotas. El «*Lobo solitario*» es un título expresivo para designar a estos «ángeles del asfalto», como dice un conocido autor. Yo pienso que Hermann Hesse es mucho más que lo que leen los pasotas. Es también un autor esperanzado, pero de esa otra faceta se reniega, como se reniega de la faceta constructivista de Nietzsche.

Tras los abuelos y los padres, los hermanos mayores se llaman Ajo Blanco, García Calvo, y, en parte, Savater. El que dice ser anarquista y sigue a estos, se ha equivocado de carrera y de historia. La anarquía no es uso, no es eso. Obvia decir que, de nuevo, la parte constructiva de un Savater o un García Calvo no es entendida por el pasota.

Los bisabuelos pueden ser algunos de los sofistas más clásicos, los que buscaban pero hallaban en la apariencia la vía de la verdad, auténticos prefiguradores no de la anarquía, sino de la amorfía.

En suma: No busquéis al pasota en la línea de Platón-Rousseau-Kropotkin, ilusionados con la bondad natural del hombre. Tampoco en la dirección Hobbes-Maquiavelo-Malthus, cercanos a la lucha por la vida, pero en definitiva ilusionados con ella.

El lugar del pasota no está ni en uno, ni en otro; simplemente, pasa de rollo. O, al menos, se hace la ilusión de que pasa. Que de ilusión también se vive.

VII

Tras la conceptualización ideológica, la radiografía más superficial, sociológica del pasota.

Pasar de todo, el lema. ¿Por qué están verdes las uvas? ¿Por temor al reencanto que pudiera acabar en el desencanto, en nuevo descalabro? ¿Por seguir la ley del mínimo esfuerzo? ¿Porque realmente la razón ilustrada tiene pocos atractivos?

En todo caso, el pasar es un tipo de defensa claramente neurótica: antes de que me rechacen, rechazo. Instalado cómodamente en mi finita armadura, la displancia se convierte en un «boomerang», revolviéndose contra quien la usa.

Por lo demás, el pasar es difícil. El pasota no pasa de comer; por el contrario, con frecuencia pasa por donde pasa el Estado, y por donde éste quiere que pase, marginándole y eliminando focos conflictivos. El pasota es una víctima del Estado, que, tras reducir al absurdo a una sociedad sin valores, fuerza a negar la negatividad. Sería tarea de algún buen sociólogo el estudio de la manipulación que la TV, la radio, los «mass media» operan respecto al pasota.

No por casualidad, el pasota es un hombre unidimensional, estandarizado, como el capitalismo quiere. Así como los universitarios de mi generación éramos cajitas idénticas todas entre sí, así también el pasota tiene todos los tics habidos y por haber: los verbales («no me comas el coco», «qué bronca», «qué demasié», «dabuti», «pasa contigo, tío...»), los de atuendo, los morales, los ideológicos. ¿Dónde queda el pasar de los estereotipos?

No faltan en la cabeza del pasota ninguno de los mitos del «underground», ni puede estar ausente el rock duro, la violencia contra otros y contra sí mismo, la huida del trabajo, la huida de sí —para sí— a la comuna que no es sino escape momentáneo, ya que nadie entre ellos resiste diez años trabajando en el campo, ni lo que se pretende es formar grupo, sino servirse del posible grupo, y chupar rueda para acabar con la soledad propia.

El recurso a drogas, el amoralismo, etc., evidencian que se trata de una «cultura de enfermo», como se la ha definido, que busca evadirse, y que por ese su abandonismo se convierte en thanática. Entonces, el «principio del placer», la búsqueda exacerbada de placer en una sociedad poco placentera, acompañado de la huida del «principio de realidad», como señalara Freud, una realidad que es como es aunque nos gustaría que no fuera así, acaba por hacernos vivir en un mundo que no es el que hay. No sé si cabe mayor tragedia. Si «los sueños de la razón producen monstruos», al decir de Calderón, ¿qué producen las quimeras del pasota?

VIII

Parecerá hasta aquí, que somos enemigos jurados del pasota. Y lo somos. Pero somos igualmente enemigos de todo aquello que les ha acorralado, que les

ha llevado a su estado real de postración, bajo apariencia de gozo. Somos irreconciliables con el capitalismo que todo lo machaca, deprava, materializa. Es el capitalismo el que está detrás del cansancio de la razón, es él quien debe ser declarado también enemigo público número uno del hombre, y es él quien ha de responder igualmente del malestar de estos jóvenes que, por encima de todo, son seres humanos tristes y sufrientes, porque están solos. La cultura del asfalto, la orgiástica exaltación de la violencia, la plitud de los valores materialistas, la reducción del ser al tener, la depravación del consumo por el consumo, en una cultura que no hace sino consumir a quien la consume, la ausencia de la fraternidad, la entronización del dios Dólar, ¿qué podía engendrar?

No culpabilizamos a nadie en concreto, ni pretendemos juzgar, porque no deseamos ser juzgados, a nadie. Sólo quiero interpelar a todos. ¿Hay derecho a lanzar todos los dardos de nuestra iras exclusivamente sobre el pasota, como si él fuese el único agente portador del morbo de la anomía? Quien esté libre de pecado, puede ir arrojando la primera piedra. Tampoco la izquierda, más atenta al poder que al amor, podría moverse. Frente a la razón cansada y maltrecha del pasota (y pasota es de algún modo todo el que ha perdido la esperanza, el que se ha hecho viejo o ha enterrado en plena juventud su misma juventud), es preciso, con la mayor seriedad y urgencia, lanzar un reencanto, bajo forma de S.O.S., o, más modestamente, bajo forma de *manifiesto urgente del reencanto*. Se busca la razón reconciliada, se busca, en definitiva, a la razón cristiana que llega hasta Hegel.

IX

No justificamos de ninguna manera al pasota, ni al capitalismo que lo produce. El primero es cómplice del engaño del segundo, y a la vez, lo que es su consecuencia, su víctima.

Pero como lo nuestro no es tampoco condenar, preferimos lanzar una alternativa de reencanto, cuyos paradigmas puedan valer, siquiera provisional y cartesianamente, para abrir nueva brecha hacia la razón futura. Porque, entiéndasenos bien, *no ha muerto la razón, sólo algunos paradigmas de la razón ilustrada*. Insisto: No es la razón ilustrada la única razón. ni toda ella ha muerto. ¿Cómo pueden morir los valores del trabajo, de la ética del apoyo mutuo, de la fraternidad? Sí, por el contrario, están muy seriamente tocadas las ideas de «progreso», «productividad», «industrialización», etc.

Pues bien, *en defensa de la razón humana*, enemiga de la sinrazón y de la brutalidad, enemiga del irracionalismo en sus dos vertientes, la pasota y la fascista, quiero esbozar algunos paradigmas de reencanto. Helos aquí, desde el presente que no es la nostalgia obsesiva del «pasado mejor», ni de la evasión utópica del «futuro más puro».

— *Hay que recuperar la casa de todos*. Para que no se agoten los recursos naturales amenazados seriamente ya, para que la voracidad de la pala excavadora no prosiga, para que Séveso no esté por doquier. La lucha por el «oikós», ecológica, es algo más que la lucha por la casa, ha de ser también banderín de enganche por el «ajustamiento» de todos, sin que se realice a costa del desajuste de la minoría. No por casualidad «oikós» y «ethos» (ética) tienen una misma raíz griega. Ser moral es, para empezar, conservar la naturaleza que nos fuera regalada por el Creador.

— Esta lucha ha de ser no sólo a nivel de «natura», sino también de cultura. Sin la fraternidad, nada es posible ¿Será una casualidad que haya desaparecido de nuestra constitución, como de otras europeas, la palabra *fraternidad*, mochando así el lema de «libertad, igualdad, fraternidad», propio del 1789?. En todo caso, hay que luchar por recuperar a todos los niveles, y no sólo los de letra muerta, la fraternidad: ¿Cómo ir a la igualdad y la libertad sin la fraternidad?

— ¿Y cómo empezar a realizarla, si no es en pequeños climas? *Lo pequeño es hermoso*. Sabemos que el macroclima está polucionado, pero podemos vivir ya aquí un anticipo de clima limpio, en la instauración y desarrollo de pequeñas comunidades donde reine la fraternidad. No es la reviviscencia del socialismo utópico, sino la percepción de la realidad. Quisiéramos que todos estos microclimas se hiciesen macroclima para que, como dice Schiller en su «*Oda a la Alegría*», nuestro beso abarcara a todo el mundo.

— La cotidianidad es importante. Pero hay todavía un microclima más micro: El de uno mismo. No es posible crecer con los demás, si la interioridad está vacía. Cultivar la dimensión interior, profunda, ver menos televisión y pensar más, navegar menos entre el ruido y buscar un relajatorium donde poder recogerse, es una praxis necesaria, y cada día más. Sospecho que a las «casas de baños» de antes sustituirán las «casas de relajatorio» futuras.

— Y, personalmente, veo difícil crecer en interioridad sin un tratamiento serio de Dios. En lo que a mí respecta, he vuelto a este tratamiento después de un anterior —excesivo— «compromiso temporal». Por varias razones. Pero a falta de espacio, digamos que porque, mientras la razón me pide amar a mis amigos y devolver a mis enemigos el golpe (—ley del talión, tan usual hoy), Cristo me ofrece amar incluso al enemigo a la par que amarme a mí mismo. Las páginas de Freud en «*El malestar en la cultura*» son al respecto, pese a su actitud contraria, interesantes. No estoy, pues, solo en el amor. Tengo una fuente viva de la que brota el que yo necesito, cuando no me sale naturalmente de mis propias fuerzas. Y hay un futuro para ese amor, desde la perspectiva escatológica. Me parece que el mito prometeico no es para mí. Yo no he venido a robarle el fuego sagrado a los dioses, cual Prometeo.

— Todo ello, junto a la lucha por el comer, pues aunque nosotros comamos, el hambre es una realidad

que afecta en momentos cada vez más cercanos a nuestros vecinos. Interiorizarse, para trascenderse. El hombre es un dentro que necesita un fuera, y un fuera que exige un dentro, decía Ortega. Nadie ama a Dios al que no ve, si no ama al prójimo a quien ve.

Con esto no quiero decir que sólo los creyentes sepan amar, o que sólo ellos lo hagan. Por desgracia, no basta con decir «Señor, Señor», y en muchas ocasiones el agnóstico ama más. Tampoco quiero con esta reflexión negar la labor a gran escala de partidos o instituciones. Únicamente ofrezco estas alternativas más «domésticas» (y menos domesticadas) para los cansados de planteamientos de gran vuelo.

Puede apreciarse que es una receta muy casera, pero muy sabrosa. Tan sabrosa como simple: La nueva razón está en *el constructo* de paradigmas de amor. Sólo se entra en la verdad por el amor, decía San Agustín.

Pero el principio del placer, por decirlo ahora con Freud, no excluye al principio de realidad. La realidad es como es, y no hay que volver ante ella la espalda, sino asumirla y superarla. Si el pasota abandona la civilización por la barbarie, el hombre de razón post-ilustrada recupera parte de la Ilustración y, elevándola a nuevo nivel, pone esperanza donde había anomía. Insisto en que no hay alternativa: o razón ilusionada, o barbarie, ya sea pasota, ya sea fascista.

Respecto a la reconstrucción del hábitat en concreto, la substitución de la megalópolis por la «ciudad verde», hay precedentes imaginativos entre los libertarios y entre otros muchos. Lo he escrito, por ejemplo, en mi «*Manifiesto libertario de la enseñanza*» (Ed. La Piqueta, Madrid, 1978), o en mi «*Ensayo de pedagogía utópica*» (Ed. Zyx, 1976), así como en «*Escritos de pedagogía política*» (Ed. Marfil, 1977). No tengo aquí espacio para detallar tantas vertientes. Pero las hay. Sólo falta quererlas.

No se trata de encontrar salida sólo para los jóvenes. La crisis es de ellos, pero también nuestra, y de los niños, y de los que aún no han nacido. Y la esperanza nos pertenece a todos.

Quiero, por último, decir, que estoy seguro de que este breve artículo es muy discutible. Yo mismo habría de matizarlo todo. Cuando la brevedad impide la bondad, entonces no vale el «Lo bueno si breve dos veces bueno», sino el «Lo malo si breve, dos veces malo». Quisiera que el discrepante replicara, y perdonara. Y que el coincidente, gozara. Pues el mayor gozo está en compartir la esperanza y el amor.